

LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

Haz un comentario de no más de una página de los textos que están enmarcados

Población y recursos:

«Considerando aceptados mis postulados, afirmo que la capacidad de crecimiento de la población es infinitamente mayor que la capacidad de la tierra para producir alimentos para el hombre.

La población, si no encuentra obstáculos, aumenta en progresión geométrica. Los alimentos tan sólo aumentan en progresión aritmética. Basta con poseer las más elementales nociones de números para poder apreciar la inmensa diferencia a favor de la primera de estas dos fuerzas.

No veo manera por la que el hombre pueda eludir el peso de esta ley, que abarca y penetra toda la naturaleza animada. Ninguna pretendida igualdad, ninguna reglamentación agraria, por muy radical que sea, podrá eliminar, durante un siglo siquiera, la presión de esta ley, que aparece, pues, como decididamente opuesta a la posible existencia de una sociedad cuyos miembros puedan todos tener una vida de reposo, felicidad y relativa holganza y no sientan ansiedad ante la dificultad de proveerse de los medios de subsistencia que necesitan ellos y sus familias.»

Thomas Robert **MALTHUS**. *Primer ensayo sobre la población* (1798)

El progreso de los transportes:

«—Sostengo —dijo Andrew Stuart— que las probabilidades están a favor del ladrón, que no puede menos de ser un hombre sagaz.

—¡Quite usted allá! —contestó Ralph—. No hay ningún país en donde pueda refugiarse.

—¿Cómo que no?

—¿A dónde quiere usted que vaya?

—No lo sé —respondió Andrew Stuart—; pero me parece que la Tierra es bastante grande.

—Lo era... —replicó a media voz Phileas Fogg, que presentó las cartas a Thomas Flanagan, añadiendo—: Usted corta.

La discusión se suspendió durante la partida. Pero no tardó en reanudarla Andrew Stuart, interrogando a Fogg:

—¿Por qué dice usted que lo era? ¿Acaso la Tierra ha disminuido?

—Indudablemente —contestó Walter Ralph—. Opino como Fogg. La Tierra ha disminuido, puesto que se recorre hoy diez veces más de prisa que hace cien años. Y esto es lo que, en el caso en que nos ocupamos, hará que las pesquisas sean más rápidas.

—Y que el ladrón se escape con más facilidad.

—Usted juega, señor Stuart —dijo Phileas Fogg.

Pero el desconfiado Stuart, sin darse por vencido, insistió en terminar la partida.

—Hay que reconocer que tiene gracia su demostración de que el mundo ha menguado, señor Ralph. De modo que porque ahora se le da vuelta en tres meses...

—En ochenta días tan sólo —objetó Phileas Fogg.

—En efecto, señores —añadió John Sullivan—; ochenta días, desde que ha quedado abierta la sección entre Rothal y Allahabad, del *Great-Indian Peninsular Railway*, y he aquí el cálculo establecido por el *Morning-Chronicle*:

De Londres a Suez por el Monte Cenís y Brindisi en ferrocarril y vapores...	7 días
De Suez a Bombay, en vapor...	13 "
De Bombay a Calcuta, por ferrocarril...	3 "
De Calcuta a Hong-Kong (China), en vapor ..	13 "
De Hong-Kong a Yokohama (Japón), en vapor...	6 "
De Yokohama a San Francisco, en vapor...	22 "
De San Francisco a Nueva York, en tranvía...	7 "
De Nueva York a Londres, en vapor y ferrocarril...	9 "
TOTAL ...	80 "

—¡Sí, ochenta días! —exclamó Andrew Stuart, quien por inadvertencia cortó un estuche—; pero sin tener en cuenta el mal tiempo, los vientos contrarios, los naufragios, los descarrilamientos, etc.

—Contando con todo —contestó Phileas Fogg siguiendo su juego, que ya no respetaba la discusión.

—Pero, ¿y si los indios levantan los raíles? —replicó Andrew Stuart— ¿y si detienen los trenes, saquean los furgones y hacen picadillo a los viajeros?

—Contando con todo —repitió Phileas Fogg, que, tendiendo su juego, añadió—: Dos estuches.

Andrew Stuart, a quien tocaba dar, recogió las cartas, diciendo:

—Teóricamente tiene usted razón, señor Fogg; pero en la práctica...

—En la práctica también, señor Stuart.

—Quisiera verlo.

—Sólo depende de usted. Partamos juntos.

—¡Libreme Dios! Pero apostaría con gusto cuatro mil libras a que semejante viaje, realizado en tales condiciones, es imposible.

—Al contrario; es muy posible —respondió Fogg.

—Pues bien, hágalo usted.

—¿Qué? ¿Dar la vuelta al mundo en ochenta días?

—Sí.

—No hay inconveniente

—¿Cuándo?

—En seguida. Únicamente le prevengo que lo haré a su costa.

—¡Eso es una locura! —exclamó Andrew Stuart, a quien comenzaba a molestar la insistencia de su compañero de juego—. Más vale que sigamos jugando.

—Pues baraje usted de nuevo, porque ha dado mal.

Andrew Stuart recogió las cartas con mano febril; pero, de repente, las dejó sobre la mesa, diciendo:

—¡Pues bien, sí, señor Fogg, apuesto cuatro mil libras!...

—Mi querido Stuart —indicó Fallentin—, cálmese usted. Eso no es formal.

—¿Cómo que no? —replicó Stuart—. ¡He dicho que apuesto, y mantengo mi palabra!

—Aceptado —dijo Fogg.

(...) Así, pues, Phileas Fogg ganó su apuesta, realizando el viaje alrededor del mundo en ochenta días. Para ello, utilizó todos los medios de yates, vapores, ferrocarriles, coches, buques mercantes, trineos, elefantes. El excéntrico expedicionario desplegó en aquella empresa sus maravillosas cualidades de serenidad y exactitud. ¿Pero, qué ganó después de tantos transtornos? ¿Qué beneficio le reportó su viaje?

Ninguno se dirá. A no ser que se considere como tal la unión con una encantadora mujer, que, por inverosímil que parezca, le hizo el más feliz de los hombres.

Y en realidad, ¿no se daría por mucho menos que eso la vuelta al mundo?»

Julio **VERNE**. *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873)

El tren y las reacciones que provocaba:

«El “tren de excursión” —un punto de partida absolutamente nuevo en la historia de la locomoción— era todavía una novedad en la línea de Wessex, y probablemente lo era aún en todas partes. Masas de personas se habían apiñado en todas las estaciones del trayecto para presenciar la insólita visión del paso de un tren tan largo: incluso en aquellas en las que no había posibilidad de aprovechar las oportunidades que ofrecía. Los asientos destinados a la clase más humilde de viajeros estaban, en aquellos tempranos experimentos de la locomoción a vapor, en unos furgones descubiertos, sin ningún tipo de protección contra la lluvia y el viento; y como aquel día el tiempo húmedo había hecho su aparición con la llegada de la tarde, los desgraciados ocupantes de aquellos vehículos se encontraban, al acercarse el tren a la estación terminal de Londres, en unas condiciones verdaderamente lamentables, después de tan largo viaje: las caras azuladas, los cuellos rígidos, estornudaban, azotados por la lluvia, helados hasta los tuétanos, muchos hombres sin sombrero; en fin, más que excursionistas en viaje de placer por el interior, lo que parecían era un grupo de gente que se hubiera pasado toda la noche en un bote de remos bogando por una mar encrespada. Las mujeres se habían protegido, hasta cierto punto, levantándose las faldas de sus vestidos y poniéndoselas por encima de la cabeza; pero como con esta solución eran las caderas las que se veían doblemente expuestas, todas se hallaban, más o menos, en un estado digno de la mayor compasión.»

Thomas **HARDY**. *El violinista ambulante* (1894)

«Los primeros trenes para Liverpool los lunes por la mañana iban siempre llenos de abogados, procuradores, escribientes, escribanos, magistrados, testigos y demás gente de curia, que marchaban a

desempeñar sus funciones a la Audiencia, formando entre todos la más abigarrada muchedumbre de que se pueda tener idea. Entre los viajeros de uno de aquellos trenes encontrábase Mary Marton, quien, gracias a su insignificante vestido, pasaba inadvertida.

Siendo la primera vez de su vida que usaba tal medio de locomoción Mary no salía de su asombro ante la prisa, el ruido de la gente, de las campanas, de cuernos, pitos y silbatos, el tableteo y bufido de los trenes a la llegada y salida.

Todo parecía asombrarla en tal viaje. Sentada de espaldas a la máquina, veía cómo desleíanse en el éter las nubes de humo que lanzaban a borbotones las chimeneas de Manchester. Por primera vez en su vida perdía de vista el panorama y los objetos que éranle familiares desde su niñez, experimentando un sentimiento de nostalgia parecido al que embarga el ánimo del emigrante al abandonar las playas de la patria.»

E.C. GASKELL. *Mary Barton* (1848)

Las nuevas ciudades en la era industrial:

«Era una ciudad de ladrillo rojo, es decir, de ladrillo que habría sido rojo si el humo y la ceniza se lo hubiesen consentido; como no era así, la ciudad tenía un extraño color rojinegro, parecido al que usan los salvajes para embadurnarse la cara. Era una ciudad de máquinas y de altas chimeneas, por las que salían interminables serpientes de humo que no acababan nunca de desenroscarse, a pesar de salir y salir sin interrupción. Pasaban por la ciudad un negro canal y un río de aguas teñidas de púrpura maloliente; tenía también grandes bloques de edificios llenos de ventanas, y en cuyo interior resonaba todo el día en continuo traqueteo y temblor y en el que el émbolo de la máquina subía y bajaba con monotonía, lo mismo que la cabeza de un elefante enloquecido de melancolía. Contenía la ciudad varias calles anchas, todas muy parecidas, además de muchas calles estrechas que se parecían entre sí todavía más que las grandes; estaban habitadas por gentes que también se parecían entre sí, que entraban y salían de sus casas a idénticas horas, levantando en el suelo idénticos ruidos de pasos, que se encaminaban hacia idéntica ocupación y para las que cada día era idéntico al de ayer y al de mañana y cada año era una repetición del anterior y del siguiente.

(...) En Coketown no se veía por ninguna parte cosa que no fuese rigurosamente productiva. Cuando los miembros de un credo religioso levantaban en la ciudad una capilla (y esto lo habían hecho los miembros de dieciocho credos religiosos distintos), construían una piadosa nave comercial de ladrillo rojo, colocando a veces encima de ella una campana dentro de una jaula de pájaros, y esto únicamente en algunos casos muy decorativos. Había una solitaria excepción: la iglesia nueva. Era un edificio estucado, con un campanario cuadrado sobre la puerta de entrada, rematado por cuatro pináculos que parecían patas de palo muy trabajadas. Todos los rótulos públicos de la ciudad estaban pintados, uniformemente, en severos caracteres blancos y negros. La prisión se parecía al hospital; el hospital pudiera tomarse por prisión; la casa consistorial podría ser lo mismo prisión que hospital, o las dos cosas a un tiempo, o cualquier otra cosa, porque no había en su fachada rasgo alguno que se opusiese a ello. Realismo práctico, realismo práctico, realismo práctico; no se advertía otra cosa en la apariencia externa de la población, y tampoco se advertía otra cosa que realismo práctico en todo lo que no era puramente material. La escuela del señor M'Choakumehild era realismo práctico, la escuela de dibujo era realismo práctico, las relaciones entre el amo y el trabajador eran realismo práctico y todo era realismo práctico, desde el hospital de maternidad hasta el cementerio; todo lo que no se podía expresar en números ni demostrar que era posible comprarlo en el mercado más barato para venderlo en el más caro no existía, ni existiría jamás en Coketown hasta el fin de los siglos. Amén.

(...) En la parte de Coketown en que el trabajo era más rudo, en la última posición fortificada de esa feísima ciudadela en la que se fue tapiando la entrada a la Naturaleza conforme se iban emparedando en su interior atmósferas y gases mortíferos; en el corazón del laberinto de patios y patios estrechos, de calles y calles apretadas, que habían nacido una a una, todas con prisa furiosa y respondiendo a los propósitos de un hombre cualquiera, hasta formar una familia monstruosa, que se daba mutuamente de codazos, que se pisoteaba, se oprimía hasta matarse entre sí; en el último rincón sofocante de aquel gran recipiente en el que ya no cabía nada más, en el que por falta de aire para que tirasen las chimeneas construíanse éstas en una inmensa variedad de formas truncadas y encorvadas, como si en cada casa se exhibiese una muestra de la clase de gente que se esperaba que naciese en ella; entre la multitud de habitantes de Coketown, conocidos con el nombre genérico de *brazos* —raza de hombres que habría gozado de un favor mayor entre ciertas gentes si la Providencia hubiese tenido a bien hacer de ellos puros brazos, o puros brazos y estómagos, a la manera de ciertos animales rudimentarios de las costas del mar—; entre esos brazos, decimos, vivía cierto individuo llamado Steven Blackpool, de cuarenta años de edad.»

Charles DICKENS. *Tiempos difíciles* (1854)

Manchester en la Revolución Industrial:

«Estábamos llegando al país del hierro y el carbón, con signos de actividad industrial por todas partes. Montones de escoria como montañas, la tierra deformada por la excavación y hornos altos y llameantes. Manchester: un cielo que volvía de un rojo cobrizo el sol poniente; una nube de extraña forma descansa sobre la llanura; y bajo esa cobertura inmóvil una plétora de erizadas chimeneas, cientos de ellas, altas todas como obeliscos. Luego una masa, un montón, negruzcas, enormes interminables hileras de edificios; y allí estás tú, en el corazón de una Babel construida con ladrillos.

Un paseo por la ciudad: vista de cerca es más lúgubre aún. Tierra y aire parecen impregnados de niebla y hollín. Las fábricas extienden sus flancos de ladrillo sucio una detrás de otra, lisas, con ventanas sin postigos ni cortinas, como cárceles económicas colosales. El lugar es un cuartel grande y chapucero, un “taller-asilo” para cuatrocientas mil personas, una institución penal de trabajos forzados: ésas son las ideas que acuden al pensamiento. Uno de los edificios fabriles es un rectángulo de seis plantas de altura, con cuarenta ventanas cada una de ellas, y dentro, iluminados por los chorros de gas y ensordecidos por su propio trabajo, laboran miles de obreros, encerrados, regimentados, activas las manos, inmóviles los pies, todo el día y todos los días, sirviendo mecánicamente a sus máquinas. ¿Podría haber un género de vida más ultrajado, más opuesto a los instintos naturales del hombre?»

Hippolyte **TAINE**, *Notas sobre Inglaterra* (1871)

La emigración en el siglo XIX:

«Kilkelly, Irlanda, 1860

Queridísimo hijo John:

tu buen amigo, el maestro de escuela, Pat MacNamara ha tenido la bondad de escribirte estas letras. Tus hermanos se han ido todos a Inglaterra a buscar trabajo. La casa se ha quedado vacía y muy triste.

La cosecha de patatas se ha echado a perder: han salido malas entre un tercio y la mitad.

Tu hermana Bridget y Patrick O'Donnell se piensan casar en junio.

Dice tu madre que no trabajes en los ferrocarriles y que procures volver pronto a casa.

Kilkelly, Irlanda, 1870

Queridísimo hijo John:

saludos a tu esposa y a tus cuatro hijos, que ojalá se críen sanos y fuertes.

Michael se ha metido en ciertos líos. Supongo que nunca escarmentará.

Debido a la humedad no se encuentra carbón y ahora no tenemos nada que quemar.

Bridget está muy contenta y le ha puesto su nombre a la niña, aunque ya tiene seis criaturas.

Dices que has encontrado trabajo, pero no dices de qué ni cuándo vas a volver.

Kilkelly, Irlanda, 1880

Queridos hijos Michael y John:

lamento daros la triste noticia de que ha muerto vuestra madre. La enterramos en la iglesia de Kilkelly y vinieron vuestros hermanos y Bridget. No os preocupéis, murió muy deprisa. Recordadla en vuestras oraciones.

Es estupendo saber que Michael piensa volver. Si trae dinero seguro que compra tierra, pues la cosecha ha sido mala y la gente vende al precio que quieran pagarle.

Kilkelly, Irlanda, 1890

Queridísimo hijo John:

supongo que andaré cerca de los ochenta años: hace ya treinta que te marchaste. Gracias a todo el dinero que me has enviado sigo viviendo por mi cuenta.

Michael se ha construido una casa estupenda y las hijas de Bridget ya son mayores.

Gracias por mandar la foto de tu familia, son chicas y chicos preciosos. Dices que a lo mejor hasta vienes de visita.

¡Qué alegría verte a ver!

Kilkelly, Irlanda, 1892

Querido hermano John:

siento no haberte escrito antes para decirte que papá ha muerto. Vivía con Bridget, que dice que estuvo alegre y

sano hasta el final. ¡Si lo hubieras visto jugar con los nietos de tu amigo Pat MacNamara! Lo enterramos al lado de mamá en el patio de la iglesia de Kilkelly. Fue un hombre fuerte y muy inquieto, teniendo en cuenta la vida tan dura que llevó. Es curioso, pero no paraba de mentarte y te llamó al final. ¿Por qué no te animas a hacernos una visita? A todos nos encantaría volverte a ver.»

La actitud de la burguesía ante el proletariado y su pobreza:

«¿Y cuál es el nivel de los salarios en esta parte del mundo, lord Marney?» preguntó Mr. St. Lys, que permanecía de pie.

«¡Oh! bastante bueno: no como en vuestras comarcas industriales; pero la gente que trabaja al aire libre en vez de en una fundición ni puede esperar ni necesita tanto. Ganan ocho chelines a la semana; al menos por lo general.»

«¡Ocho chelines a la semana!», dijo Mr. St. Lys. «¿Puede vivir un trabajador con una familia, quizá de ocho hijos, con ocho chelines a la semana?»

«¡Oh! En cuanto a eso», dijo Lord Marney, «ganan más de eso, porque les damos dinero para cerveza, al menos muchos de nosotros, aunque yo por mi parte no apruebo esa práctica, y eso hace casi un chelín más a la semana; y luego algunos de ellos tienen campos de patatas, aunque yo me opongo totalmente a ese sistema.»

«Y sin embargo», dijo Mr. St. Lys, «me resulta asombroso cómo se las ingenian para vivir».

«¡Oh! En cuanto a eso», dijo Lord Marney, «en general he descubierto que cuanto más altos son los salarios, peor el obrero. Sólo se gastan el dinero en las cervecerías. Son la maldición de este país.»

«Pero, ¿qué va a hacer un hombre pobre», dijo Mr. St. Lys, «después de su trabajo diario, si regresa a su casa y no encuentra un hogar: el fuego apagado, la comida sin preparar; la compañera de su vida, fatigada por el trabajo en el campo o en la fábrica, todavía ausente, o quizás en cama, exhausta, o porque ha regresado calada hasta los huesos y no tiene ropa para cambiarse que la alivie? Hemos apartado a la mujer de su esfera; puede que hayamos rebajado los salarios al introducirla en el mercado de trabajo; pero en estas circunstancias lo que llamamos vida familiar es una condición imposible de realizar para la gente de este país, y, por tanto, no nos debe sorprender que busquen solaz o más bien refugio en la cervecería.»

Lord Marney levantó la vista hacia Mr. St. Lys, con una mirada de altiva impertinencia, y luego observó con indiferencia, sin dirigir sus palabras a él: «Pueden decir lo que quieran, pero es una cuestión de población.»

«Yo más bien creo que es una cuestión de recursos», dijo Mr. St. Lys; «no a cuánto asciende nuestra población, sino a cuántos ascienden nuestros recursos para su sustento.»

«Esto nos lleva a lo mismo», dijo Lord Marney. «Nada puede enderezar este país excepto la emigración a gran escala; y como el Gobierno no se decide a emprenderla, yo la he comenzado en pequeña escala en defensa propia. Me ocuparé de que no se incremente la población de mis parroquias. No construyo casas, y destruyo todas las que puedo; y no me avergüenzo ni tengo miedo de decirlo así.»

Benjamin **DISRAELI**, *Sybil* (1845)

«—Un consejo. No tome una actitud sentimental con respecto a los pobres. Procura que no lo haga, Margaret. Los pobres son los pobres y todos lo lamentamos, pero así es. Cuando una civilización avanza, es probable que los zapatos duelan y es absurdo pretender que alguien se responsabilice personalmente. Ni usted, ni yo, ni la persona que me informó, ni el director de la Porphyryon; nadie es responsable por la pérdida de sueldo de este oficinista¹. Es sólo el zapato que duele... Nadie puede evitarlo, y podría haber sido peor aún.

Helen estaba trémula de indignación.

—Me parece bien que se dedique usted a obras de caridad... Dedíquese a ellas con todo su empeño, pero no siga con esas absurdas ideas de reforma social. Yo conozco lo que ocurre entre bastidores y puede creerme si le digo que no hay tal cuestión social..., excepto para unos cuantos periodistas que intentan ganarse la vida exprimiendo una frase. Sólo hay ricos y pobres, como siempre ha habido y siempre habrá. Dígame usted una época en que los hombres hayan sido iguales...

—Yo no dije...

—Dígame una época en que el deseo de igualdad les haya hecho más dichosos. No, no. No puede. Siempre ha habido ricos y pobres. Yo no soy fatalista, ¡Dios me libre!, pero nuestra civilización está moldeada por grandes fuerzas impersonales —su voz se tornó complaciente; siempre ocurría así cuando eliminaba las cuestiones

¹ El señor Wilcox, futuro esposo de Margaret Schlegel, la hermana de Helen, les había recomendado a las dos que un protegido de éstas abandonara su trabajo en la compañía de seguros Porphyryon, ya que estaba en bancarrota. Sin embargo, esto no era así, y al abandonar su trabajo el oficinista se encontró al poco tiempo en el paro entrando en una espiral de pobreza sin salida. Helen hace responsable de ello al señor Wilcox, ya que éste es un acaudalado hombre de negocios.

personales— y siempre habrá ricos y pobres. No lo puede negar... —ahora era una voz respetable—, y no puede negar que, a pesar de todo, la tendencia de la civilización considerada en su conjunto es avanzar y mejorar.

—Por la gracia de Dios, supongo —replicó Helen.

Él la miró con ira.

—Uno lucha por el dinero. Dios hace el resto.

No valía la pena dar consejos a la chica si estaba dispuesta a hablar de Dios de aquella manera moderna y neurótica. Fraternal hasta el fin, la dejó para ir en busca de la compañía más tranquila de mistress Munt. Iba pensando: «Me recuerda mucho a Dolly.»

Helen se puso a mirar al mar.»

E.M. FORSTER. *Howard's End* (1908-1910)

Las condiciones en el trabajo:

«De la mina sale su mineral y del pozo sus siervos (...), bandas de jóvenes ¡ay! de ambos sexos, aunque ni su ropa ni su lenguaje indican la diferencia; todos llevan vestiduras masculinas; y juramentos que podrían hacer estremecer a hombres brotan de labios nacidos para pronunciar palabras de dulzura. Sin embargo, éstas han de ser -algunas lo son ya- las madres de Inglaterra. Pero ¿podemos asombrarnos de la repugnante grosería de su lenguaje si recordamos la fiera rudeza de sus vidas? Desnuda hasta la cintura, una muchacha inglesa, durante doce y a veces dieciséis horas diarias, tira ayudándose de manos y pies de una cadena de hierro que, sujeta a un cinturón de cuero, se arrastra entre sus piernas enfundadas en pantalones de lona, para transportar cubetas de carbón que salen de los caminos subterráneos, oscuros, tortuosos y enfangados: circunstancias que parecen haber pasado inadvertidas a la Sociedad para la Abolición de la Esclavitud Negra. Estos dignos caballeros parecen haber permanecido también curiosamente inconscientes de los sufrimientos de los pequeños *trappers*, cosa notable, pues muchos de ellos eran sus propios empleados.

Ved también a éstos salir de las entrañas de la tierra. Niños de cuatro y cinco años de edad -muchas niñas también- lindos y todavía dulces y tímidos; se les han confiado las funciones de más responsabilidad, cuya índole les obliga a ser los primeros en entrar en la mina y los últimos en abandonarla. Su trabajo en verdad no es severo, pues eso sería imposible, pero transcurre en la oscuridad y en la soledad. Soportan este castigo que la filantropía filosófica ha inventado para los más horribles criminales, y que éstos consideran más espantoso que la muerte, a la que dicho castigo sustituye. Pasan horas y horas, y todo lo que trae a los pequeños *trappers* el recuerdo del mundo que han dejado y del mundo en que se han sumergido es el paso de las vagonetas de carbón para las que abren los portillos de las galerías que impiden las corrientes de aire, y de cuyo mantenimiento constantemente cerrados, excepto en ese momento de paso, dependen enteramente la seguridad de la mina y las vidas de las personas empleadas en ella.»

Benjamin DISRAELI. *Sybil* (1845)

La explotación de la mujer en el sector minero:

«Me casé a los 23 años y fue entonces cuando fui a la mina. Antes, cuando tenía 12 años, era tejedora. No sé leer ni escribir. Trabajo para Andrew Knowles de Little Bolton (Lancashire) y llevo a casa algunas veces siete chelines a la semana, algunas veces menos. Arrastro las vagonetas de carbón y trabajo seis horas por la mañana y seis al mediodía. Paro casi una hora al mediodía para comer, un poco de pan y un poco de mantequilla, sin nada para beber. Tengo dos niños pero aún son demasiado pequeños para trabajar. He tirado de las vagonetas incluso estando embarazada. Conozco una mujer que volvió a casa, se lavó, se metió en la cama, parió y volvió a hacer el mismo trabajo en menos de una semana.

Tengo una correa alrededor de la cintura y una cadena entre las piernas, y tengo que andar a gatas. La cuesta es muy empinada y nos agarramos a la cuerda o a lo que podemos cuando no hay cuerda (...).

En el pozo en el que trabajo hay seis mujeres y seis chicos y chicas. Es un trabajo durísimo para una mujer. El pozo está siempre húmedo y el agua nos llega hasta las rodillas. Un día me llegó hasta los muslos, y con la que cae del techo es horrible. Mis ropas están casi siempre empapadas.

Una prima mía se ocupa de los niños durante el día. No consigo hacer nada cuando vuelvo a casa por la noche, y a veces me duermo antes de lavarme. He arrastrado vagonetas hasta arrancarme la piel. Y es mucho peor cuando se espera un hijo. Mi capataz me ha pegado algunas veces porque no estaba dispuesta. Al principio no conseguía acostumbrarme y él tenía poca paciencia. He visto a más de un hombre pegar a su vagonetera.»

Testimonio de Betty HARRIS delante de una comisión parlamentaria de investigación, 1842

Las condiciones de vida del proletariado durante la Revolución Industrial:

«Todas las noches en casa de Maheu, charlaban un rato de sobremesa antes de ir a acostarse. Estaban sacaba siempre la misma conversación. A medida que se iba instruyendo, sentíase más disgustado con la promiscuidad de sexos que reinaba en todo el barrio. ¿Eran acaso animales para vivir hacinados de aquel modo, tan hacinados, que no era posible mudarse de camisa sin enseñar la carne al vecino? Además, aquello era terrible para la salud del cuerpo y para la del alma, porque los chicos y chicas crecían pudriéndose.

—¡Demonio! —exclamaba Maheu—: si se tuviese más dinero, se viviría con más comodidad... Porque la verdad es que nadie gana con este estar unos encima de otros continuamente. Esto acaba siempre por que los hombres se hagan borrachos y las mujeres perdidas.

Cada uno de la familia decía lo que pensaba sobre el particular, en tanto que el petróleo del quinqué viciaba el aire de la sala baja, impregnada ya de olor a cebolla frita. No; la vida de aquel modo no tenía ciertamente nada de agradable. Trabajaban como bestias en una faena que en otras épocas se reservaba para los presidiarios, y se exponían diariamente a morir aplastados por las rocas, sin conseguir ganar para comer carne siquiera. Claro está que comían, pero sólo lo estrictamente necesario para no morirse, y eso a fuerza de contraer deudas, y como si robasen el dinero que ganaban. Cuando llegaba el domingo, dormían rendidos del trabajo de la semana. No tenían más placeres que emborracharse o cargarse de familia, cuando lo que estorbaba eran los hijos. No, no tenía nada de agradable aquel modo de vivir.

La mujer de Maheu se mezclaba entonces en la conversación.

—Lo malo es —decía—, pensar que no hay medio de que esto varíe.... Cuando joven, se imagina una que llegará la felicidad, porque se espera, sin saber en qué; y luego no se sale nunca de miseria... Yo no deseo mal a nadie; pero hay veces que estas injusticias me sublevan.»

Emile **ZOLA**. *Germinal* (1885)

Consecuencias sociales de la Revolución Industrial: el alcoholismo:

«—Pero ¿bebe su padre? —dijo Margaret.

—No, no se puede decir que bebe —replicó ella todavía con el mismo tono excitado—. Mas ¿qué quiere usted que haga? Hay días en los que supongo que, como los demás al levantarse, se pasa unas horas anhelando un poco de cambio o un poco de estímulo, por decirlo así. Yo sé que he ido a comprar un pan de cuatro libras, a casa de otro panadero, en tales días, justamente porque yo enfermaba al pensar que tenía siempre la misma vista ante mis ojos, y el mismo sonido en mis oídos, y el mismo gusto en mi boca, y el pensamiento (o ningún pensamiento sobre eso) en mi cabeza un día tras otro, por siempre. Deseaba ser un hombre para ir de parranda, aunque sólo fuera a un paseo o a algún nuevo sitio en busca de trabajo. Y mi padre, como todos los hombres, se cansan, con el tiempo, de hacer el mismo trabajo siempre. ¿Y qué van a hacer? Es, en ellos, poco censurable si van a una ginebrería para que su sangre fluya más de prisa y con más viveza, y ver cosas que nunca verían en otros tiempos: cuadros, espejos y cosas semejantes. Pero mi padre nunca fue un borracho, aunque puede ocurrir que se vuelva peor por la bebida, alguna que otra vez. Solamente, usted verá —y ahora tomó su voz un tono triste y de defensa—, a veces, en la huelga, hay mucho para alterar las costumbres de un hombre, porque todos salen sin idea fija, y ¿adónde tendrán el consuelo de ir? Están locos, coléricos, todos lo están, y entonces se cansan de estar así y es posible que, apasionados, algunas veces hagan cosas que después quisieran olvidar. ¡Bendita sea vuestra cara bondadosa! Pero usted no sabe todavía lo que es una huelga.»

E.C. **GASKELL**. *Norte y Sur* (1855)

Consecuencias sociales de la Revolución Industrial: la prostitución:

«Yo trabajaba en una fábrica de ropa barata —en la sección de camisas (camisas elegantes y ribeteadas)—, cobraba dos peniques y medio por cada una (...). Trabajando todos los días desde las cinco de la mañana hasta medianoche podía hacer siete camisas en una semana. Esto significaba diecisiete peniques y medio por una semana completa de trabajo. De ahí hay que descontar el algodón, que me costaba dos peniques semanalmente, con lo que me quedaban quince y medio para pagar con ellos el alquiler, la comida y las velas. Estaba soltera y recibía un poco de ayuda de mis amigos, pero ni aun así me era posible sobrevivir. Estaba obligada a salir por las noches a buscarme el garbanzo. Tenía un hijo que lloraba a menudo pidiendo comida. Por eso, dado que no podía conseguir lo mínimo para él ni para mí misma con mi trabajo, tuve que echarme a las calles y ganarme la vida de esa manera (...).

Mi padre era un predicador de la Iglesia Independiente, y juro que fue el bajo salario que recibía por mi trabajo lo que me llevó a la prostitución. A menudo luchaba contra ello y muchas veces fui con mi hijo por las calles pidiendo limosna, para evitar que la vergüenza cayese por más tiempo sobre nosotros. He hecho

almohadillas para alfileres y otros artículos de adorno —los que podía reunir poco a poco— y los he llevado a las calles a vender para intentar procurarme una vida honesta, pero no pude. A veces me pasaba toda la noche bajo la lluvia y no vendía nada, yo y mi hijo juntos; y cuando de esta manera no conseguíamos nada, solíamos sentarnos en un cobertizo porque estaba demasiado cansada para permanecer de pie con mi hijo y era tan pobre que ni siquiera podía pasar la noche en un hostel a crédito. Una noche se le congelaron las piernas. Nos sentamos en el escalón de una portería. Intenté llegar al asilo pero estaba tan débil que no pude. La nieve cubría mis zapatos. Había estado nevando todo el día y yo y mi hijo habíamos estado por la calle. No habíamos comido desde la mañana anterior (...). Una dama me vio sentada en el escalón de la portería, me llevó a su casa y frotó las piernas de mi hijo con coñac. Nos dio algo de comer para los dos, pero yo estaba tan mal que no pude ingerir nada.

Llegué al asilo aquella misma noche. Les dije que nos estábamos muriendo de hambre, pero se negaron a admitirnos por no tener los papeles requeridos. Así que volví a la prostitución de nuevo durante un mes más. No pude encontrar ningún trabajo (...). Más tarde conseguí los papeles para el asilo, y estuve allí durante dos años. En cuanto traspasamos la puerta me separaron de mi hijo y no me permitían verlo más que una vez al mes. Finalmente, yo y otra amiga dejamos la “casa” para trabajar en cubiertas de paraguas y así poder mantener a nuestros hijos con nosotras (...). De esa forma ganaba tres o cuatro chelines semanales, y desde entonces abandoné la prostitución (...). Si hubiese continuado haciendo camisas habría seguido siendo prostituta hasta hoy.»

H. **MAYHEW**. «Prostitución entre las costureras», artículo aparecido en el *Morning Chronicle* (13 de noviembre de 1849)

El avance científico a principios del siglo XIX.²

«— Os ruego que no habléis más de monos en mi casa; y si Kiki se ha escapado no será yo quien lo lamente. Es una moda que me cuesta entender. ¿Cómo se puede vivir rodeado de esos horribles chimpancés? Se envilece uno ya sólo considerándolos como animales; pero se alcanza la malignidad cuando se intenta buscar bajo su máscara las semejanzas con personas conocidas.

— Sin embargo —intervino el príncipe Radziwill—, se dice que para los doctos constituyen una fuente inagotable de estudios, y que el conocimiento de sus costumbres puede llevar a descubrimientos inesperados acerca del rey de la creación, el hombre.

— Oh, hablemos de ello —maulló Pauline.

— Con mucho gusto —se apresuró a complacerla el príncipe—. Obviamente según lo que sé, que es lo que he aprendido en mi juventud, hace al menos diez años. Si en el mundo científico todavía se piensa de ese modo, y si esto corresponde con las modernas teorías, no puedo afirmarlo.

— Ése es el problema —añadió Schack, aprovechando una pausa del príncipe para intervenir en la conversación—. Ahora ya no se puede aprender nada que sirva para toda la vida. Nuestros antepasados se conducían según las enseñanzas recibidas durante la juventud; ahora, en cambio, debemos empezar de nuevo cada cinco años, si no queremos quedarnos al margen de la moda.»

Alessandro **BARBERO**, *Diario de Mr. Pyle. Venturas y desventuras de un gentilhomme americano en las guerras napoleónicas* (1996)

El entusiasmo por el progreso científico:

«Recordarán nuestros lectores la inmensa simpatía que acompañó a los tres viajeros en el momento de su partida. Pero si en los comienzos de la empresa excitaron tanta y tan general emoción en los mundos antiguo y nuevo, ¿qué entusiasmo no debía producir su regreso? ¿No era natural que los millones de espectadores que invadieron la península de Florida se precipitasen locos de alegría al paso de aquellos sublimes aventureros? Aquellas legiones de extranjeros, venidas desde todos los confines del globo y congregadas en las playas americanas, ¿podían abandonar el territorio de la Unión sin antes volver a ver a Barbicane, a Nicholl y a Michel Ardan? No; la ardiente pasión del público debía corresponder dignamente con la magnitud de la empresa. Unos seres humanos que habían abandonado el esferoide terrestre y regresaban de un viaje por las regiones celestes, por necesidad habían de ser recibidos como lo sería el profeta Elías cuando vuelva a aparecer en la Tierra. Verlos primero y oírlos después era el anhelo general.

Pronto debían ver cumplido su voto la inmensa mayoría de los habitantes de la Unión. Barbicane, Nicholl, Michel Ardan y los delegados del *Gun-Club*, dirigieron sin pérdida de momento a Baltimore, donde fueron

² En la casa de un banquero alemán en el verano de 1806 se encuentran varias personas tomando el té y se comenta la desaparición de una mona, Kiki, perteneciente a uno de los contertulios.

recibidos con un entusiasmo indescriptible. Los apuntes de viaje del presidente iban a ser entregados a la publicidad. El *New York Herald* compró el manuscrito, pagando por él una cantidad que no se ha hecho pública, pero que debió de ser fabulosa. Bien podía pagarla. Durante la publicación del *Viaje a la Luna*, la tirada del periódico llegó a cinco millones de ejemplares. Tres días después del feliz retorno de los viajeros, el mundo entero conocía todos los detalles de la expedición: sólo faltaba ver a los héroes de tan sobrehumana empresa.

Las observaciones directas de Barbicane y de sus compañeros permitían comprobar las diversas teorías admitidas con respecto al satélite terrestre. Aquellos sabios habían observado *de visu* y en condiciones especiales. Sabíase ya qué sistemas deberían rechazarse y cuáles admitirse a propósito de la formación de aquel astro, de su origen y de su habitabilidad. Su pasado, su presente y su porvenir habían entregado al hombre sus secretos más recónditos. ¿Qué objeciones podían oponerse a los informes de unos observadores concienzudos, que estudiaron a menos de cuarenta kilómetros de distancia la curiosa montaña de Tycho, que forma el sistema más extraño de orografía lunar que pueda concebirse? ¿Qué responder a los sabios cuyas miradas escudriñaron los abismos del circo de Platón? ¿Cómo contradecir a los temerarios, a quienes los azares de su viaje llevaron hasta la faz invisible del disco, que ningún ojo humano había podido vislumbrar hasta entonces? Estaban, pues, en su derecho al imponer límites a la ciencia selenográfica que recomponía el mundo lunar de la misma manera que Cuvier recomponía también el cuerpo de un fósil, y decir: "La Luna fue un mundo habitable y habitado con anterioridad a la Tierra. La Luna es hoy un mundo inhabitable e inhabitado."»

Julio **VERNE**. *De la Tierra a la Luna* (1865)

El impacto del cine:

EL REINO DE LAS SOMBRAS

«Ayer viajé al reino de las sombras. Es una región inconcebiblemente extraña, despojada de sonidos y de colores. Todo, la tierra, los árboles, las personas, el aire, el agua, está pintado en grisalla. Se ven ojos grises en rostros grises. Un sol plumizo brilla en un cielo gris, y las hojas de los árboles son de un gris ceniciento. La vida se reduce allí a una sombra, y el movimiento, a un fantasma silencioso.

Estoy a punto de verme tratado de loco o de simbolista, y me veo obligado a explicarme. Esto ocurrió en el café Aumont, donde mostraban el cinematógrafo, las imágenes animadas de los hermanos Lumière. Este espectáculo me causó una impresión tan compleja y singular que, incapaz de pintar su infinita diversidad, me conformaré con evocar su naturaleza lo más fielmente posible. Apagada la sala, una imagen grisácea surge en la pantalla, como la sombra empalidecida de un grabado malo. Una calle de París. En ella reconoce uno, en una inmovilidad petrificada, coches, edificios, personas en diferentes poses. Todo es gris, incluso el cielo. Esta imagen trivial no despierta ninguna curiosidad entre el público, que ya ha visto representadas innumerables arterias parisienses. Pero, de repente, con una extraña vacilación, la imagen se anima. Los coches se ponen en marcha y, amenazadores, ruedan derechos hacia el espectador sentado en la oscuridad. Al fondo aparecen siluetas indistintas, que crecen a ojos vista a medida que se acercan. Delante, unos niños juegan con un perro, los peatones cruzan la calle zigzagueando entre los vehículos, los ciclistas pasan y vuelven a pasar. Todo es pura vida, urgencia, movimiento. Todo se mueve y luego se desvanece.

Pero esta actividad se pierde en un silencio extraño; no se oye ni el fragor de las calles, ni el eco de los pasos, ni el de las conversaciones. Nada, ni una sola nota de la complicada sinfonía que acompaña los movimientos humanos. En silencio, el viento agita el follaje color ceniza. En silencio, seres grises se deslizan por el suelo gris, condenados al mutismo eterno, privados por un castigo cruel de los colores de la vida. Sus gestos llenos de energía son vivos, hasta el punto de que resulta difícil seguirlos, pero la vida ha abandonado sus sonrisas, y su risa es muda, a pesar de la hilaridad que contrae sus rostros grisáceos. La vida surge ante nuestros ojos, apagada, sin voz, sombría y lamentable, con sus colores desteñidos.

Es un espectáculo terrible. Y, sin embargo, no es un teatro de sombras. Uno piensa en esas ciudades que un fantasma, una maldición, un espíritu maligno, han sumido en un sueño eterno. Parece que Merlín el Encantador nos enseña una de sus malas pasadas: ha hechizado una calle, reduciendo sus edificios imponentes, desde el techo a los cimientos, a un tamaño insignificante, empequeñeciendo proporcionalmente a las personas y privándolas de la palabra, y ha difuminado los colores del cielo y de la tierra hasta fundirlos en una grisalla uniforme. Después ha cogido su creación grotesca y la ha plantado en una sala de restaurante con las luces apagadas.

Hay unos chasquidos, y todo desaparece de pronto. Surge un tren que, como una flecha, se lanza directamente sobre el espectador. ¡Cuidado! Abalanzándose en la oscuridad, se dispone a transformarle a uno en un saco de piel mutilada, lleno de picadillo humano y huesos rotos, y teme uno que destruya esta sala, esta casa donde abunda el vicio, las mujeres y la música, donde el vino corre a raudales, y no deje tras de sí más que ruinas y polvo. Pero, en realidad, no es más que un tren fantasma.»

Máximo **GORKI** (1896)

El culto al dinero:

«—Papá, ¿qué es el dinero?

La brusca pregunta guardaba tan estrecha referencia con el tema de los pensamientos que en aquel momento tenía el señor Dombey que éste quedó completamente desconcertado.

—¿Quieres saber, Pablo, qué es el dinero? —le contestó—. ¿El dinero?

—Sí —contestó el muchacho, colocando las manos en los brazos del silloncito y volviendo su carita de viejo hacia el señor Dombey—: ¿qué es el dinero?

El señor Dombey se vio en un aprieto. Le habría gustado darle alguna explicación en que entrasen las palabras medio circulante, moneda, depreciación de la moneda, papel, oro, plata en barras, tipos de cambio, valor de los metales preciosos en el mercado, etcétera; pero, mirando desde su altura al de la silla pequeña, y viendo cuán bajito estaba, le contestó:

—Oro, plata y cobre. Guineas, chelines y medios peniques. ¿Sabes lo que es todo eso?

—Sí, papá; ya sé lo que son —dijo Pablo—. No me refiero a eso. Quiero saber lo que es en resumidas cuentas el dinero.

¡Cielo y tierra, y qué cara de viejo ponía al levantar la vista hacia su padre!

—¿Qué es, en resumidas cuentas, el dinero? —exclamó el señor Dombey echando un poco hacia atrás la silla para mejor poder contemplar en pleno asombro al presuntuoso átomo que planteaba pregunta semejante.

—Quiero decir, papá, ¿qué es capaz de hacer el dinero? —contestó Pablo, cruzándose de brazos (unos bracitos tan pequeños que apenas daban para cruzarse), mirando al fuego, después a su padre, otra vez al fuego, y de nuevo a su padre.

El señor Dombey volvió su silla al lugar en que antes estaba y dio a su hijo unas palmaditas en la cabeza, diciéndole:

—Ya te irás enterando poco a poco, hombrecito. El dinero, Pablo, lo puede todo —agarró la manecita del niño y la golpeó suavemente contra una de las suyas.

Pero Pablo liberó su mano en cuanto le fue posible, y frotándola contra el brazo del silloncito, como si su inteligencia estuviese en la palma de su mano y él quisiese aguzarla, repitió después de un corto silencio..., mirando otra vez al fuego como si éste fuese su consejero y su instigador:

—¿Que lo puede todo, papá?

—Sí. Todo... o casi todo —dijo el señor Dombey.

—Todo quiere decir todas las cosas, ¿no es cierto, papá? —preguntó su hijo, sin fijarse o sin reparar en el adverbio.

—Eso es, hijo —dijo el señor Dombey.

—¿Y por qué el dinero no salvó a mi mamá? —contestó el niño—. ¿No es eso una crueldad?

—¿Una crueldad? —exclamó el señor Dombey ajustándose la corbata, y como si aquella idea le hubiese lastimado—. No. Una cosa buena en sí misma no puede ser cruel.

—Y si el dinero es una cosa buena y lo puede todo —dijo pensativo el muchacho, volviendo a fijar su vista en el fuego—, ¿cómo es que no salvó la vida a mi madre?

Esta vez no dirigió la pregunta a su padre. Acaso advirtió, con la intuición de los niños, que había puesto a su padre en una situación incómoda. Repitió su pensamiento en voz alta, lo mismo que si fuera para él una cosa vieja que ya hacía tiempo lo traía muy preocupado, y apoyó su barbilla en la mano, meditando siempre y buscando una explicación en el fuego.

Vuelto el señor Dombey en sí de su sorpresa, por no decir de su alarma —porque era aquella la primera ocasión en que el niño había abordado el tema de su madre en presencia suya, a pesar de llevar tanto tiempo acompañándole todas las noches—, le explicó que aunque el dinero era una fuerza muy poderosa, cuya importancia no había que rebajar en forma alguna, no podía conservar la vida de aquellas personas a quienes les había llegado la hora de morir; porque todos tenemos que morir, por desgracia, aun en la City, a pesar de que nunca hemos sido tan ricos. Pero que, sin embargo, ese dinero hace que seamos honrados, temidos, respetados, cortejados y admirados, cubriéndonos de poder y gloria a los ojos de todos los hombres. Podía, asimismo, y lo conseguía con mucha frecuencia, retrasar durante largo tiempo la muerte de una persona. Por ejemplo, gracias al dinero, se habían podido conseguir para su mamá los servicios del señor Pilkins, y el mismo Pablito se había beneficiado con frecuencia de los mismos; también se habían conseguido los del célebre médico Parker Peps, al que Pablito no había conocido. El dinero podía conseguir todo lo que era posible conseguir. Todas estas cosas y otras más por el estilo fue vertiendo el señor Dombey en la inteligencia de su hijo; éste escuchaba atentamente y parecía comprender la mayor parte de las cosas que se le decían.»

Charles **DICKENS**. *Dombey e hijo* (1846-1848)

La meritocracia burguesa:

«Era hombre rico: banquero, comerciante, fabricante y no sé cuántas cosas más. Grueso, vocinglero, de mirada penetrante y risa metálica. Parecía hecho de un material tosco que había sido estirado mucho para darle mayor volumen. De cabeza y frente grandes, voluminosas, con las venas de las sienes hinchadas y la piel de la cara tan tirante que parecía que no le dejaba cerrar los ojos y que tiraba de sus cejas hacia arriba. Todo su aspecto producía el efecto de estar inflado como un globo y pronto a subir por los aires. Era un hombre que jamás creía haberse jactado lo suficiente de que era hijo de sus propias obras. Era un hombre que proclamaba constantemente, por la metálica trompeta parlante de su voz, su ignorancia de otros tiempos, su pobreza de otros tiempos. Era un hombre al que podría llamársele el fanfarrón de la humildad. (...)

—Supongo, señora Gradgrind, que estaba destinado a triunfar en todo. Y lo estuviese o no, señora Gradgrind, el caso es que triunfé. Salí adelante sin que nadie me echase una mano. Vagabundo, recadero, gerente, asociado en la firma y, por último, lo que soy: Josías Bounderby, de Coketown. Aquéllos son los antecedentes y ésta es la culminación. Josías Bounderby aprendió a deletrear en los rótulos de las tiendas, y supo leer la hora porque se lo enseñó en la esfera del reloj de la torre de la iglesia de San Gil un inválido borracho, condenado por ladrón y vagabundo incorregible. Habladle a Josías Bounderby, de Coketown, de vuestras escuelas de oficios y de toda esa vuestra complicada barahúnda de escuelas. Josías Bounderby os contestará sin rodeos, llanamente, con la verdad por delante, que él no gozó de tales ventajas —¡muchos hombres de cabeza sólida y puños contundentes hacen falta!—; que él sabe perfectamente que la clase de educación que recibió no les va a todos, pero que no recibió otra; y que podréis obligarle a trabajar grasa hirviendo, pero que no conseguiréis que oculte las realidades de su vida.»

Charles **DICKENS**. *Tiempos difíciles* (1854)

La situación de la mujer burguesa:

«Casarse con él tenía forzosamente, o no había lógica en el mundo, que resultar un honor y una satisfacción para cualquier mujer de sentido común; la perspectiva de dar el ser aun nuevo socio de una casa de la importancia de la suya no podía menos de despertar en el corazón de la menos ambiciosa de las mujeres un sentimiento de ambición emocionada y magnífica; cuando la señora Dombey entró como parte en aquel contrato matrimonial, lo hizo con plena conciencia de todas esas ventajas, y porque el matrimonio, aun dejando de lado la necesidad de perpetuar las razones sociales familiares, era indispensable para una mujer que quisiese vivir en la opulencia y en una situación distinguida; la señora Dombey había tenido ocasión de darse cuenta, día a día, de lo que esa posición social significaba; la señora Dombey supo siempre presidir la mesa y hacer los honores de la casa del señor Dombey con el tono y las maneras de una verdadera dama distinguida; la señora Dombey tenía que ser feliz, tenía que serlo aunque ella no lo quisiese.

Lo fuese o no lo fuese, era cierto que había existido un inconveniente. Sí; el señor Dombey se hallaba dispuesto a reconocer esto. Un solo inconveniente, aunque de gran alcance, sin duda alguna. Y en los diez años que llevaban casados este grave inconveniente no había tenido solución hasta el mismo día de hoy, en que el señor Dombey, sentado en un gran sillón a un lado de la cama, hacía tintinear sin interrupción la pesada cadena de oro del reloj.

(...) Hablemos de ello, aunque no vale la pena. Seis años antes les había nacido una niña que ahora acababa de meterse sin que la viesen en la habitación, agazapándose con timidez en un ángulo desde el que podía ver la cara de su madre. Pero ¿qué suponía una niña para Dombey e Hijo? En la cuenta donde capitalizaban el nombre y el prestigio de la Casa, una niña no pasaba de ser una moneda de baja ley —un niño de mala calidad— que no se podía invertir en nada.

Sin embargo, la copa de satisfacción del señor Dombey hallábase en aquel momento tan rebosante que le pareció que podía verter un par de gotas de su conciencia sobre el polvo de esa vía subalterna que era su hijita. Y le dijo:

—Florence, puedes acercarte, si te gusta, que creo que te gustará, a ver cómo es tu lindo hermanito. ¡Pero no lo toques!»

Charles **DICKENS**. *Dombey e hijo* (1846-1848)